

Realidades cromáticas de un día: la Tierra me da vueltas.

Como cada día, al volver del instituto, abrí el buzón de casa. Me encanta esa sensación de estar a punto de descubrir algo nuevo dentro de esa especie de caja negra misteriosa. Normalmente encuentro publicidad y facturas, pero algunas veces, pocas, hay alguna carta para mí. Sí, lo ponía bien claro; mi nombre estaba completo y al darle la vuelta al sobre, en el remitente estaba escrito el nombre de mi mejor amiga: Zulema.

Zulema es una chica de mi edad que vive en Valencia, por eso nos vemos muy poco. Solemos coincidir en el pueblo de mis abuelos cada vez que las vacaciones escolares nos lo permiten. La carta era una postal de felicitación navideña que llevaba escrita una sola palabra: ESPERANZA. Me gustan las palabras y me gusta pensar cómo surgieron, el por qué de su significado y los sonidos que las representan, una ortografía que regula su escritura... me fascina. Me gusta mascar las palabras, decirlas despacio, susurrarlas, cantarlas, recitarlas deprisa y en voz alta, ponerme la mano en el cuello y notar la vibración que producen al ser pronunciadas. Y esa curiosidad por las palabras finalmente me lleva a pensar en la influencia de las emociones en el sonido de la voz, tanto es así, que una voz puede quedar incluso ahogada y muy callada.

ROJO

Dejé la postal en la mesilla de mi habitación y corrí a visitar a mi abuela. Me encanta entrar en su cuarto y curiosear los ovillos de lana que tiene dentro de unas cestas. Me paso horas escuchando como las lanas se estremecen al pasar entre sus blancos y delicados dedos, como se transforman en lo que ella quiere. Todo el silencio de los colores me sorprende y esta vez de un fino hilo rojo salió una cadena de punto básico de ganchillo. En ese instante me acordé de una leyenda japonesa que explica que las personas predestinadas a conocerse se encuentran unidas por un hilo rojo atado, por los dioses, al dedo meñique. Si el destino tiene preparado que te encuentres con una persona en concreto, así será.

-¿Qué estás haciendo abuela? -le pregunté.

-Pues la verdad es que desde esta mañana me encuentro un poco deprimida, ya que han vuelto a dar la noticia de otro asesinato por violencia de género. Así que he decidido pasar la tarde tejiendo. Mira, la vida es como este hilo, en nuestras manos están las decisiones que tomamos. Hay veces en las que los hilos se enredan, se estiran o se tensan. Otras veces, se nos presentan momentos donde sacaremos nuestra capacidad de crear con él experiencias positivas. En fin cariño, tejer me genera felicidad y me cambia el estado de ánimo, es mi manera de entender el mundo. Y te doy este consejo que me

viene dando vueltas a la cabeza: Tu no calles y no ignores pues eso da alas al maltrato.

-¡Muchas gracias abuelita, eres la mejor!-le dije inclinando mi cabeza para que llegara a besar mi frente. Me encanta notar el calor de sus labios arrugaditos acariciando mis ideas.

¡Vaya con el destino y los hilos rojos...es hora de cambiar de dirección!

NARANJA

Salí reconfortada pero indignada por la muerte de Ana, la señora de cincuenta y siete años que encontraron estrangulada en Vélez-Málaga y que una vez más ponía sobre la mesa la siguiente pregunta: ¿cuántas mujeres más morirán a manos de sus parejas o exparejas?

Cuando entré a casa, pasé por delante de la mesa del comedor. Allí, junto a mis gafas y un pañuelo de color naranja, había dejado el libro de lectura que leeríamos en el instituto durante el segundo trimestre: *Xenia. No me toques los wasaps*. La verdad es que yo ya lo tenía casi terminado porque me enganchó tanto su trama que no pude parar hasta averiguar la verdad que se escondía detrás de esa historia. Y es que hay muchos Juanes controladores, manipuladores. Muchos Juanes con ese afán de poder que no es más que miedo al fracaso, la baja tolerancia a la frustración y una inseguridad que transforman en dominio y egoísmo en la relación con otra persona.

Mis manos alcanzaron el libro y abrieron sus últimas páginas. Mis ojos se volvieron a clavar en los últimos capítulos, que releí de nuevo. Unos lagrimones rodaron por mis mejillas, recordando que, una vez, también alguien intentó callar mi voz.

Cogí el pañuelo naranja y me limpié las lágrimas, me ajusté las gafas que corrigieron de inmediato la miopía y pude ver mi mundo con nitidez. Por fin estaba todo claro, el mundo era realmente miope, padecía una miopía social. El mundo necesitaba unas nuevas gafas con las que ver los derechos humanos ante los retos del mundo actual. Un mundo contra la desigualdad. Un mundo sin género.

Alcancé con la mano un carboncillo y saqué de mi carpeta una lámina de dibujo. Me quedé mirando el color anaranjado del pañuelo y presionando fuerte sobre el papel empecé a escribir: *¡Ni quiero ni necesito una media naranja! Soy una mujer completa y libre.*

AMARILLO

Un suave y alegre tintineo de campanitas me avisó de la entrada de mi madre en casa. Mi perro corrió a saludarla con fuertes ladridos y enormes

saltos. Yo me acerqué también a ella para ayudarla a subir hasta la cocina las bolsas de la compra. Unas bolsas amarillas donde se podía leer "productos de km 0". Nunca antes me había fijado en esas palabras. La verdad es que eran negras y resaltaban mucho en ese fondo amarillo. Las puse en el buscador del móvil y me aparecieron centenares de entradas. Resulta que son aquellos productos de temporada, producidos en entornos cercanos y que llegan al consumidor más frescos y saludables. Se pretende que los productores estén mejor pagados y los productos cuiden del entorno siendo más ecológicos y sostenibles. Seguramente mis abuelos en el pueblo, donde no existe ningún comercio, me dirían, se come lo que da la tierra en cada estación. Allí, dos veces a la semana, jueves y sábado, aparece Quintana, con su furgoneta refrigerada y trae pescado de la lonja de Denia. El jueves llega Tomás, el carnicero que aparece pitando alegremente para que la gente salga a la calle. Y cada día, José, el panadero, acude cargado con las comandas de pan y dulces que artesanalmente prepara en su obrador. Si alguien produce melocotones, tomates o ensaladas, pues se los vende al vecino o incluso se los regala. En cierto modo el concepto de km 0 no es un invento actual, es una forma de volver a cuidar la tierra minimizando el impacto ecológico como desde siempre han hecho nuestros abuelos y los padres de nuestros abuelos y...

Me gustó el color amarillo de las bolsas porque llamaron mi atención. En las culturas orientales el amarillo se considera un color sagrado, asociado con la luz del sol y el oro como símbolo de riqueza.

Cerré los ojos y me bebí entero el intenso perfume de los membrillos que mi madre había puesto sobre la mesa de la cocina. Quietos, habían estado esperando en una pequeña cesta de mimbre a que mis receptores sensoriales procedieran con el ritual olfativo.

VERDE

Al lado de la cesta y después de abrir los ojos, mi mirada se detuvo en la portada de una revista de Greenpeace. Una mujer india, con una camiseta de algodón verde, intenta caminar por una calle completamente inundada. El agua le llega por encima de las rodillas y el titular dice así: *"Huir del clima: cómo influye la crisis climática en las migraciones humanas."*

Ojeé las páginas en las que aparecían las conclusiones de este estudio y me quedé asombrada. El informe analizaba el fenómeno de las migraciones climáticas y sus impactos, como por ejemplo la subida del nivel del mar en Vanuatu, los incendios en California o las sequías de Centroamérica. Todo esto forzaba a las personas a desplazarse y a esta situación se debía hacer frente con la reducción de emisiones de dióxido de carbono.

Dejé la revista sobre otras que mis padres recibían cada mes y decidí relajarme para terminar el día. No paré de pensar en que los derechos

humanos son genéricos e imprecisos como las emociones, pero necesarios para protegernos.

AÑIL, AZUL

Unos pitidos sonaron en la radio. Eran las señales horarias y por tanto la hora de las noticias. Mi padre siempre las escucha en su pequeño transistor. Mientras me preparaba para meterme debajo de la ducha presté atención a las siguientes frases que la locutora pronunciaba, pero que se entrecortaban por el ruido del agua:

"...lejos de suspender las hostilidades... la ambición... líderes... impunidad... centenares de cadáveres llenan las calles de la ciudad... amenazas de paz y seguridad... compromisos con los refugiados... crímenes de guerra... derechos humanos... atrocidad... sinsentido..."

Empecé a darle vueltas a una imagen que emitieron ayer en la tele y que se me quedó grabada en tonos añiles y azules. Un niño se lamentaba roto de dolor por la muerte de su madre en la Franja de Gaza. Y así, después de mi aseo, me puse el pijama y sobre unos papeles que tenía encima del escritorio, escribí este poema:

Sobre un fondo gris, el silencio;
sobre los tristes escombros, la angustia;
sobre las ruinas, sentada, la desolación.
Un niño desesperado llama a su madre.

Una madre que ya es piedra, fría;
que ya no lo puede escuchar, muerta;
que ha preferido ser trinchera, un abrazo.
Envuelve a su hijo de infinito amor.

En la calle alertan del peligro, las alarmas;
en el cielo azul, invulnerable, un misil;
en el último suspiro, un susurro; amor.
Siempre estaré contigo.

Y VIOLETA

Lloré y abrí el cajón de la mesilla para coger unos pañuelos. Encima, estaba la tarjeta de felicitación de Zulema, allí continuaba clara, firme y con letras mayúsculas la palabra ESPERANZA.

Me recordó el mito griego de la caja de Pandora, donde quedó guardada la esperanza para que los humanos, a pesar de sus desgracias, no la perdieran nunca y les quedara la posibilidad de confiar. Pensé que el mundo, en los derechos humanos, debe seguir el camino de educar, visibilizar, escuchar,

concienciar y actuar dando voz a todos aquellos que normalmente no suelen tenerla. Es así como todos debemos afrontar los retos actuales y juntos avanzar.

Antes de dormir le pedí a Alexa que me pusiera una canción. Mi hermano, que es informático, dice que este aparato lo controla todo y que nuestra seguridad personal se ve amenazada por los retos y falsificaciones digitales. Por eso se deben hacer leyes que los regularicen porque si afectan a los derechos humanos se debilita el desarrollo, la paz y la justicia.

Y sonó una de Rozalén:

"Pero dibujé una puerta violeta en la pared y al entrar me liberé como se despliega..."

Me metí en la cama... la esperanza es lo último que se pierde.